

Lo que escucha la Vasconcelos



LA VOZ DE LOS USUARIOS DE LA MAYOR BIBLIOTECA PÚBLICA DE MÉXICO

En la gigantesca Ciudad de México se localiza una gigantesca biblioteca pública, la Biblioteca Vasconcelos. Inaugurada en 2006, su edificio de siete plantas cuenta con 38.000 metros cuadrados, rodeado por un jardín de 2,5 hectáreas (dos campos y medio de fútbol) en el que se encuentran casi 60.000 ejemplares de 168 especies. El recinto alberga cerca de 600.000 libros (y discos y videos y audiolibros), pone a disposición de los públicos casi 400 ordenadores conectados a internet y presta pianos, guitarras y violines. Sus redes sociales son fuertes, la segunda biblioteca con más seguidores en Facebook (a corta distancia de la primera, The Library of Congress). Son números impresionantes, pero lo esencial en cualquier biblioteca no son los números sino las personas. Los autores de este reportaje consiguen acercarnos al verdadero sentido de la labor bibliotecaria dando la voz a distintas personas que acuden con frecuencia a ella. Una voz que resuena en las paredes de la Vasconcelos y que no se pierde en el silencio.

Si grandes son las cifras de la mayor biblioteca de México, más grandes aún son las necesidades de la población de la aglomeración urbana donde se asienta la Vasconcelos. Casi la mitad (46,4 %) de los ciudadanos de la Ciudad de México, mayores de 15 años, tienen una escolaridad básica, de hasta educación secundaria. Universitarios, en el sentido de que alguna vez siguieron algún curso en la universidad, son uno de cada cuatro ciudadanos. En dos de cada tres hogares o no tienen libros o tienen menos de 21 libros (excluyendo libros de texto). En algo más de 4 (42,3 %) de cada diez hogares no existe un ordenador y disponen de conexión a internet la mitad de los hogares.

La Vasconcelos se ubica en un importante nodo de comunicaciones de la ciudad. A cien metros de su entrada se localizan una boca de metro, tres líneas de metrobús y la estación de Buenavista, con un tren de cercanías que comunica con algunos importantes municipios del vecino estado de México. Todo ello facilita que actualmente tres de cada diez personas que llegan a la Vasconcelos lo hagan desde fuera de la Ciudad de México, desde las muy pobladas ciudades dormitorio de Nezahualcóyotl, Ecatepec, Naucalpan, Tlanepantla...

Sus gentes

La Biblioteca Vasconcelos, que abre todos los días de 8:30 a 19:30 h, recibió dos millones de visitas en 2015 (1.965.819 para ser exactos). Cualquier sábado llegan más de diez mil personas. Pero una biblioteca llena no significa necesariamente que todos los grupos sociales vengan igualmente a la biblioteca, público masivo no quiere decir forzosamente público de masas, público numeroso no quiere decir que todas las categorías sociales, todos los niveles de estudios, todas las edades, todas las clases sociales estén igualmente representadas en la biblioteca.

La Vasconcelos se dio a la tarea de analizar sus públicos. Unos públicos que, en consonancia con la demografía mexicana, están mayoritariamente formados por veinteañeros: seis de cada diez usuarios (mayores de 11 años) tienen entre 18 y 30 años (aunque es importante resaltar que los mayores de 45 años representan 20 %). Y si hasta los 40 años la proporción hombre-mujer es ligeramente favorable a la mujer, a partir de esa edad la presencia de la mujer cae drásticamente. Al igual que ocurre en la mayor parte de las bibliotecas públicas –véanse los datos referentes a los usuarios de las Bibliotecas Públicas del Estado en España–, los públicos de la Vasconcelos son muy mayoritariamente con estudios universitarios: dos de cada tres tienen licenciatura completa o incompleta, o en curso. En cambio, el público con más escaso capital escolar (de sin estudios a la secundaria completa) solo representa el 5,6 %. La mayoría (54 %) de los encuestados declara

ser estudiante, pero es notable (42,5 %) la presencia en la Biblioteca Vasconcelos de usuarios trabajadores: empleados, profesionistas, docentes, comerciantes y vendedores...

Otro dato interesante, como indicador para seguir captando nuevos públicos, es que uno de cada cinco visitantes lo hace por primera vez. Descontado este 20 % de los encuestados que por primera vez acude a la Biblioteca Vasconcelos, es un público de habituados: dos de cada tres (68,6 %) lo hace al menos una vez a la semana.

Pero la pregunta central es ¿para qué acude la gente hoy a la biblioteca? Y ¿qué servicios acostumbran utilizar? En una aglomeración urbana de las dimensiones de la Ciudad de México el desplazamiento no es fácil e implica una considerable inversión de tiempo. Las respuestas mayoritarias son previsibles: estudiar, informarse, consultar material, usar los ordenadores y acceder a internet... Pero llaman la atención otras un poco más alejadas de lo que es (o ha sido) el uso canónico de una biblioteca pública: conocer a otras personas, pasear, pensar/reflexionar...



Un dato importante es el de la situación económica de los usuarios de la Vasconcelos: la mayor parte (54 %) cuenta con ingresos mensuales inferiores a la línea de bienestar (173 dólares), esto es, no pueden adquirir la canasta alimentaria y no alimentaria (transporte, limpieza, vestido, calzado...). En este sentido la Biblioteca Vasconcelos se configura como un espacio de gran inclusión sociourbana y, tal como demandaba recientemente la socióloga Saskia Sassen, un espacio de la ciudad que posibilita a los “sin poder” hacer historia.

Pero la Biblioteca Vasconcelos quiso ir más lejos e indagar, más allá de números, porcentajes y categorías, en la muy diversa composición de sus públicos: madres que acuden con sus hijos a la biblioteca, personas en situación de calle que, como en muchas otras



ciudades del planeta, encuentran en la biblioteca pública un refugio y, hasta quizás, una lanzadera para impulsarse, hombres y mujeres que recorren en el ámbito bibliotecario una ruta alterna para sus aprendizajes, mujeres y hombres que vienen en busca de una identidad, no figurada sino real: que la biblioteca les ayude a tramitar su acta de nacimiento. Captar cómo las desigualdades sociales son desigualdades culturales y, en consecuencia, generan comportamientos más o menos familiares, más o menos acomodados, con el universo de la biblioteca. También, en suma, cómo los públicos se apropian, hacen suyos o no, los espacios y servicios bibliotecarios.

Es lo que escucha la Vasconcelos.

Cristina

Tenemos un ratotote viniendo a la biblioteca. Saqué a mis dos hijos de la escuela y yo los educo: letras, matemáticas... Ocupamos la computadora, descargamos libros, clases en YouTube, unas conferencias, documentales. Los meto a los talleres que organiza la biblioteca, donde conviven con otros chicos. El mayor tiene 13 años. Se estresaba mucho en la escuela, comenzó a enfermar de los nervios, le costaba convivir con los niños. Le gustan las leyes. Se bajó un juego sobre eso y todo el día lo sigue. Dice que estudiará leyes. El pequeño ya tiene 7. Busco videos infantiles para él, jugamos, su hermano mayor también le enseña los números, a escribir... Nos pide que vayamos al sol. Tenemos nuestro pedazo de tierra en el jardín, lo hemos hecho nuestro. Vamos a ver los tejocotes, higos, manzanas, manzanilla... El jardín de la Vasconcelos es muy chulo. Vemos insectos, recolectamos semillas.

Hay un programa en el Instituto Nacional de Educación de Adultos para chicos de 12 y 13 años, para terminar la primaria. Estoy viendo eso. Que saque el título de primaria y luego siga en abierto la secundaria. A pesar de que está la información en internet, tienes que aprender a utilizar una biblioteca.

Siempre venimos a la Vasconcelos, prácticamente todos los días. Si tengo que lavar los llevo y dejo en el teatro, o en danza, o en el conservatorio de música. Los he llevado al Munal (Museo Nacional de Arte), Museo de Banamex, Museo de Sitio, Templo Mayor, Antropología, Soumaya, Mide (Museo Interactivo de Economía), Memoria y Tolerancia...

No me gusta el sistema escolar, soy de sistemas abiertos. La escuela es mucha paja. Tengo mal recuerdo de la escuela. Luego estudié computación, cursos de Excel, inglés, japonés a distancia desde mi compu. Ahora estudio más, aprendo más que cuando iba a clases.



Jacinta

Yo tengo experiencia en el INEA (Instituto Nacional de Educación de Adultos), en el Centro de Capacitación del estado de Guerrero. Recuerdo que cuando comencé me dijeron "tu labor es sacar fósiles". Ya ve en qué concepto tenían a los alumnos que allí acudían. En ese sentido yo siempre lo he tenido claro, mi labor es enseñar a cómo aprender.

Tuve un alumno boxeador, otro que su hermano está en la cárcel, otro de 25 años que era un líder



de su banda. Tienen una problemática detrás bien pesada. Ellos son autodidactas en oficios, pero ellos mismos creen que no tienen derecho a una educación, que las bibliotecas no son para gente como ellos... Esto trasciende desde la Colonia. Muchos, y muchas, creen que son tontos. Su madre les dice que son tontos, en la escuela les dicen que son tontos. Ustedes, como biblioteca pública, tienen que invitarlos directamente, no así en general, “la biblioteca es para todos”, no, eso no funciona con ellos, tienen que dirigirse directamente a esta gran parte de la población. El muro invisible viene de siglos.

Captar cómo las desigualdades sociales son desigualdades culturales y, en consecuencia, generan comportamientos más o menos familiares, más o menos acomodados, con el universo de la biblioteca.

La mayoría de los que acuden al sistema abierto de educación de adultos es para conseguir un papel para acceder a un trabajito, a una chambita. Pero alguno quiere estudiar. El alumno boxeador me decía, “aquí, donde vengo a hacer la secundaria, es el único lugar donde me siento a gusto”. El

otro, el líder de la banda, también me decía: “estoy aquí porque necesito que me acepten”. Son gente estigmatizada. El pandillaje por eso tiene adeptos, porque les hacen una invitación directa a participar. Todo esto que cuento se refiere a los que no tuvieron la oportunidad o que abandonaron temprano la escuela. Luego está el grandísimo número de jóvenes que quieren entrar a la UNAM, o al Politécnico, tanta gente que queda fuera, que sienten la muerte, que ya no tienen una oportunidad. Es tanta la presión que es esquizofrénico. Eres un fracasado. Ojalá que fuera un ansia de conocimiento, pero ya no es aprender, es pasar el examen. Los padres que pueden les pagan cursos muy caros para prepararse para el examen de ingreso y, aun así, quedan fuera.

Marcela

Desde niña me han gustado la biblioteca, los libros. Luego, de mayor, hasta aprovechaba de las tareas escolares de mis hijos. Los acompañé a la Vasconcelos y busco libros por mi cuenta. Me gusta la literatura de México y de Europa.

Ahora le hablo de mi hija. Tiene 18 años. Este es su primer año en la universidad, estudia Relaciones Internacionales en la UNAM. La acompañé a la biblioteca, también cuando estudiaba la prepa y secundaria.

Cuando estaba en el kínder no hablaba, la llevé con el psicólogo. Había una sobreprotección de sus hermanos, es la pequeña, y de toda la familia, hacia ella. Es una niña de dieces y nueves. Aprendió a leer y a contar conmigo. Pienso que ella, y otros como ella, son como chicos viejitos, más que inteligencia tienen intuición, observan y juzgan duramente. En la

Biblioteca Vasconcelos se sintió más segura. Me buscó un lugar dentro de la biblioteca y la literatura que más me gusta.

Somos unos padres abiertos, si quiere dejar de ir a la universidad por nosotros no hay problema. El padre es profesor de inglés. Ella desempeña conmigo un papel de entre enfermera y consejera. Debe decirse: puedo tener cómoda a mi mamá, con los libros que más le gustan, y yo puedo estudiar y tener mis libros. Es muy perfeccionista, en la Vasconcelos se siente más calmada. Ella misma me lo dice: “necesitaba un lugar como la biblioteca”.



Bernardo

Me llamo Bernardo Ruiz Escalante, tengo 42 años, y quiero agradecer a la Biblioteca Vasconcelos la oportunidad que me da. Yo tenía un pequeño negocio de computadoras, una tienda donde vendíamos utensilios y reparábamos. Durante unos años funcionó. Luego tuve problemas, también con mi compañera, la tienda cerró y poco a poco terminé en una situación que nunca había pensado a la que podría llegar. Me quedé en la calle.

Al principio iba a pasar el día a un parque, me iba a Chapultepec o al Parque Hundido. Los primeros días, bien. Veía pasar a la gente, hay árboles, sombra. Pero no se puede imaginar lo largo que se puede hacer un día así, y otro, y otro. Además, tienes que cargar todo el tiempo con las bolsas donde llevas tus pocas pertenencias.

Un día llegué a la Vasconcelos y se me abrió el mundo. Creo que ha sido lo mejor que me ha pasado en muchos años. Aquí tengo una computadora para poder trabajar, para buscar algún empleo, si tengo que enviar el currículum o alguna presenta-

ción para una oferta de trabajo. Ahora creo que me va a salir algo.

Además, aquí hay un guardarropa donde puedo dejar mis cosas y, si quiero, salir a pasear o a un mandado sin tener que estar cargando todo el rato mis bolsas. Aquí lo tengo todo, puedo hacer mis necesidades, lavarme, y voy a muchas actividades. Voy a algunos conciertos, a ver películas, leo... El día pasa fácil.

Yo veo que entre ustedes los bibliotecarios también hay diferencias muy marcadas de comportamientos, de actitudes, hacia la gente que como yo estamos en situación de calle. Algunos son muy represivos, como que no les gustaría vernos por la biblioteca. Todo son trabas, desconfianza, mala onda. Se deben ver en una situación vital muy segura, ni se imaginan o quieren imaginar que algún día podrían estar como nosotros. Yo tampoco me había imaginado que algún día iba a estar así, en la calle. Por eso agradezco a muchos de ustedes que hacen su trabajo para que nosotros podamos tener un lugar en la biblioteca. Conozco a muchos que están como yo, unos son más amigos, otros menos, pero para todos nosotros la Biblioteca Vasconcelos se ha convertido en un lugar importante en esta época de nuestras vidas.

Aline y Penélope

Soy Aline y esta es mi hija Penélope, va a cumplir dos años. Yo tengo 23. Vivimos en Ecatepec y hacemos casi una hora de metro para venir a la biblioteca. Tengo el bachillerato sin terminar y ahora intento ser ama de casa mientras soy mamá.

Algún día a la semana siempre venimos a la biblioteca. El día depende, pues tengo custodia compar-



tida. Cuando se puede vengo con Penélope, cuando no, vengo yo sola. Es muy variable. Conocí la Vasconcelos hace unos cinco años por una amiga del bachillerato, es mi mejor amiga. A ella también le gusta mucho leer y le gusta mucho conocer la ciudad. Anda de aquí a allá y yo creo que así encontró la biblioteca, sacó su credencial y me invitó un día a que viniéramos juntas. Desde el primer momento en que vine me impresionó la arquitectura, cómo está construida por dentro, las estanterías, los pisos, todo. Me impresionó mucho, y la sensación que te produce al estar arriba en los estantes es muy distinta a cualquier otro espacio público en el que haya estado antes, es único, es como una arquitectura completa, que también la puedes vivir en carne propia, sentir el ambiente.

Yo puedo pasar horas aquí en la biblioteca, es como mi segunda casa, estoy muy encariñada con este lugar. De por sí me gusta muchísimo leer y me encantan los espacios porque son muy cómodos. Me gusta que hay incluso internet, aunque la mayor parte del tiempo me la paso leyendo. Camino por los pasillos, no me canso de recorrer los pasillos de mis áreas de interés: filosofía, arte en general, música, arte plástico, fotografía. Y me gusta muchísimo la literatura. Es decir, cuando vengo sola, deambulo en los pasillos buscando libros, y me siento a leer en algún sillón, es más cómodo, es más como sentirme en mi casa. Si vengo sola puedo quedarme cuatro horas o más. Si es con Penélope, entonces unas dos o tres horas.

Agradezco a muchos de ustedes que hacen su trabajo para que nosotros podamos tener un lugar en la biblioteca.

También he utilizado otros espacios de la biblioteca, como la sala de música, que es muy entretenida. Paso mucho tiempo ahí. A la Sala Braille no he ido, es por una cuestión personal, sentimental. Lo mismo me ocurre con los jardines, que ni los he pisado en estos cinco años. Si vengo con Penélope casi siempre vamos a la bebeteca y jugamos un rato, le leo libros, hay mucha variedad de materiales. A ella le encanta estar en las alfombras, dar maromas. Le gustan mucho los libros, no sé si sea porque siempre los ha visto en mi casa o porque siempre me ve con libros, pero el caso es que siempre le gusta mucho hojearlos, pasar las hojas, abrir, jugar. Traemos comida, le cambio los pañales. Ella solo se altera cuando tiene sueño o hambre.

No le he mencionado que también escribo y me gusta ejercitar mi manera de escribir leyendo distintos tipos de escritura. Soy muy hipercativa, hago muchas cosas, también las artes plásticas, aunque desde que nació Penélope ya no me da tanto tiempo de hacer trabajos de plástica, pequeñas esculturas, alebrijes... Para mí escribir es más que un gusto una necesidad, yo siempre lo he dicho, yo escribo porque necesito hacerlo y, de hecho, porque muchas veces he intentado pasar mucho tiempo sin escribir y no puedo hacerlo, necesito escribir siempre, siempre... Si me agarra la inspiración acá, en la biblioteca, escribo acá, donde me agarre.

Nicolasa

(Desde hace algo más de un año la Biblioteca Vasconcelos ayuda a personas que así lo demandan a tramitar su acta de nacimiento. Muchas son per-



sonas que viven en la calle, indocumentadas. Personas que han recalado en la gran urbe provenientes de distintos puntos del país. Sin acta de nacimiento no pueden tener una identidad oficial y, en consecuencia, no pueden acceder a ningún servicio social. La Vasconcelos contacta con las distintas instancias administrativas y posibilita la obtención del acta. Hace unas semanas el maestro argentino Gerardo Cirianni acudió a la Biblioteca Vasconcelos y fue testigo ocasional de la entrevista que se mantuvo con doña Nicolasa, que desde hace años, en concreto desde el sismo del 19 de septiembre de 1985, intenta tramitar, sin éxito, su acta de nacimiento. A las horas, impresionado por lo que había escuchado escribió el siguiente texto).

¿Cuántos años tengo? Ya ni sé. Nací en 1930, allá en Iguala y de chiquita anduve de aquí para allá. Uno tiene que trabajar donde haiga ¿sabe?... a veces los patronos son buenos, pero muchas veces no.

Yo, pa que le miento, tuve varios muy malos. Pero dios me ayudó y encontré unos retebuenos acá, en el DF. Trabajé años con ellos, muchos. Y un día conocí a un hombre que dijo que me quería, y yo le creí y me fui con él. Mis patronos por suerte me entendieron.

Tuve hijos con él y él los quiso mucho, tal vez más que a mí. Ah, me olvidaba de decirle, usted disculpe, mi nombre es Nicolasa. Pues sí, sabe, un día

salí muy temprano de mi casa para sacar al perro, no fuera a ser que se le diera por orinar en el patio de la vecindad. ¿Que serían? Las siete de la mañana más o menos.

Apenas caminamos unas cuadas cuando el mundo se vino abajo. Yo me puse como aturdida. Recuerdo que varios gritaban y una señora lloraba y llamaba a la virgencita de Guadalupe. Entonces salí corriendo con mi perrito rumbo a la vecindad. Al llegar, no había nada, na más piedras, na más que piedras, sabe usted: ni vecindad, ni mi señor, ni mis hijos que Dios me había prestado para mi felicidad. Alguien después contó que habían sido las siete y diecinueve. Yo lo que sé es que a las siete y media el mundo se había acabado, al menos para mí.

Ahora le pido a usted si me podría ayudar con mi acta de nacimiento, sabe. Allí se quedó ella también, con mi esposo, mis hijos y todas mis cositas. Nunca pude tener otra. Ya han pasado treinta años, ya mis patronos están en el cielo también y nada que pueda conseguirla. Yo pronto ya me voy a ir también y me han dicho que para sepultarlo a uno la piden también. Y como yo no la tengo...

¿Verdad que usted me va a ayudar? Yo trabajo todavía limpiando alguna casa. Si usted me ayuda con lo del acta yo podría limpiar la suya ¿no? Favor con favor se paga, dicen, ¿no? Ánde le, ayúdeme, la necesito pa todo, pero más que nada para que me sepulten como debe de ser, yo sé que usted me entiende. ▀

LOS AUTORES

Ramón Salaberría. Bibliotecario por la École Nationale Supérieure des Bibliothécaires de Francia, doctor en Ciencias de la Educación. Durante 22 años trabajó en la revista Educación y Biblioteca. Autor, entre otros, de los libros *Bibliotecas públicas* y *bibliotecas escolares: una colaboración imprescindible* y *Autodidactas en bibliotecas*. En la actualidad forma parte del equipo directivo de la Biblioteca Vasconcelos.

Carola Diez. Docente e investigadora dedicada a los procesos de formación lectora en el ámbito de la cultura y la educación pública. Se ha desempeñado como formadora de mediadores en la Secretaría de Educación Pública (SEP), el CONACULTA y en el marco de diversas iniciativas sociales y gubernamentales en México y América Latina. Tuvo a su cargo de 2002 a 2006 la Subdirección de Bibliotecas del Programa Nacional de Lectura de la SEP. Entre 2013 y fin de 2015 fue responsable del área de Servicios Educativos de la Biblioteca Vasconcelos.

AUTORES: Salaberría, Ramón; Diez, Carola.

FOTOGRAFÍAS: Salaberría, Ramón; Diez, Carola.

TÍTULO: Lo que escucha la Vasconcelos. La voz de los usuarios de la mayor biblioteca pública de México.

RESUMEN: Los autores de este reportaje presentan la biblioteca José Vasconcelos, en Ciudad de México, de un modo diferente: más allá de las impresionantes cifras de esta gran biblioteca creada en 2006, dan la palabra a algunos de sus usuarios para que cuenten cómo la biblioteca forma ya parte de sus vidas cotidianas. Una madre de familia, una educadora de adultos, una joven con su hija de dos años, un hombre sin hogar y una víctima del terremoto de 1985 en la capital mexicana, son algunas de las voces que escuchan las paredes de la Biblioteca Vasconcelos.

MATERIAS: Bibliotecas públicas / Usuarios / Ciudad de México.